



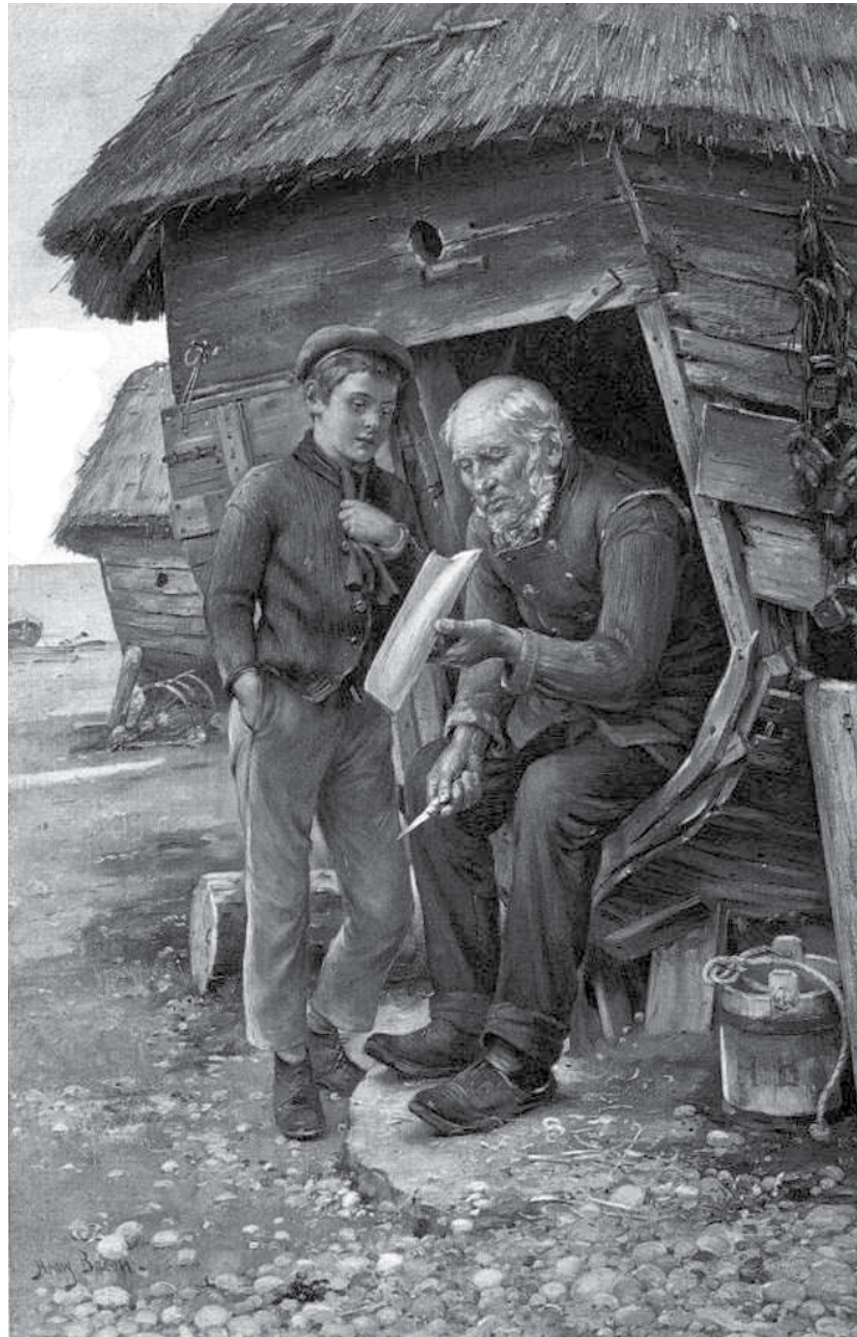
# Amuleto

Federico Vite

HAY UN RITUAL QUE ARDUAMENTE EJERCITO en mi cumpleaños: me detengo ante la llama de una vela para presenciar el desfile acerbo de algunos recuerdos que me ayudan a entender aspectos esenciales de mi historia. Enciendo el fuego porque también fumo, no por temor a la oscuridad ligera de un momento a solas. Son momentos simples que atesoro por horriblos, lapsos en los que realmente he estado conmigo. Siento la inminencia de la vida, ese vértigo suave de quienes palpan el color sepia del tiempo, instantes protagonizados por estancias de humanidad indiscutible.

Aparece mi padre. Tal vez sea domingo. Sé que llega de una borrachera longeva. Usa el pelo largo y chino, su barba cerrada me hace pensar en un pirata fuera de borda. Trastabilla, pero mantiene la verticalidad de sus deseos. En la mirada noto el enrojecimiento de los ebrios profesionales. Habla despacio, poco usual en él. Me saluda con la euforia de quien no me ha visto en meses. Jala aire con fuerza; su aliento aromatiza de alcohol el cuarto. Cree que yo puedo ayudarlo. Cuenta que tiene muchos problemas con mi madre; aunque sinceramente no entiendo, sólo muevo la cabeza en silencio bajo el resplandor de la televisión. Veo a un futbolista: Beбето. En ese momento cobra un penal.

Construcción de un barco, H. Bacon, 1888



Mi padre se dirige a la cocina. Destapa una botella de whisky que guardaba para ocasiones especiales. Bebe largamente en un vaso jaibolero. Habla de lo complicado que ha sido vivir lejos de la familia. Usa un cuchillo para señalarme una libreta. Pide que escriba una carta. Sólo tengo en la memoria la última frase: No se culpe a nadie de mi muerte. Él se levanta; camina hasta la terraza y contempla el Pacífico sin decir una palabra. Me observa, no hay mucha vida en su rostro, sólo un presagio de huracán en potencia. Él toma por el mango el arma y se apunta con el filo del cuchillo el cuello. No le vayas a decir a tu mamá lo que hice, comenta y corta con suavidad su carne. Hay sangre en el piso. Trato de verbalizar algo, pero sólo digo: *Filio di putana*. Él cae. Me acerco al cuerpo. Veo a la imagen masculina de mi vida convulsionándose. Minutos después escucho gritos; mi abuela me toma de la mano. A lo lejos oigo el sonido metálico de una sirena y veo el color de la cruz plasmada en la ambulancia. No tengo la culpa, repito un par de veces. Y de verdad, no tengo la culpa. En los umbrales de ciertos recuerdos me he obligado a crecer. No tengo por qué llorar, pongo sobre la hoja este conocimiento de la masculinidad, el orificio por donde sangran ciertas partes de mi historia. En la hondura de los pensamientos, suelo no retener las emociones de antaño. Decanto a solas la imposible gratuidad de ese momento.

La vela se consume por completo. Sé que hice de mí una balada con el compás del que está hecha mi existencia. Es mi cumpleaños. Esperaré las llamadas, los mensajes y contestaré los correos de los que me recuerdan amablemente en su existencia. Elevo una oración para hablar con Dios a mi manera, él sabe que no soy un símbolo extraviado en la imprudencia de los días. Pienso hondamente en mi padre, en la filosa emoción que transmite su pasado y guardo ese tesoro sobre mi pecho de la misma manera que lo haría con un amuleto, porque sé que usarlo así es una forma de darle la vuelta por un tiempo a esa energía que no quiero nombrar, a esa impronunciable bestia que, aún deseándolo, no debo ni voy a nombrar. 